

28. Epílogo

He vuelto a Saturrarán muchas veces, antes, durante y al finalizar esta novela. La primera vez que fui era un día radiante de verano, la mar animaba a entrar en ella, la arena brillaba y los penachos rocosos que le caracterizan parecían invitarme a abrazarlos. La playa estaba desbordada de gentío bullicioso, de alegría contagiosa, de jóvenes divirtiéndose. Una delicia.

A la izquierda del río Mijoa, muy bien canalizado, limpio y atravesado por un cuidado puente de madera, hay una parcela donde estuvo el Gran Hotel Marítimo Balneario, luego fue un cuartel, después la Cárcel Nacional de Mujeres y el Seminario Menor y, sin embargo, ahora no hay nada. Una mullida capa de césped bien cortado, con mesas y bancos de piedra que invitan a hacer pic-nic, intenta tapar los restos de aquella época infernal. Calculé dónde pudo estar enterrado el hijo de Rosa, tendría que ser entre el viejo edificio ya inexistente y la ladera. Con la punta del zapato arañé en varios lugares.

Busqué alguna huella que recordara lo que allí existió. Tan solo, junto a la pared rocosa, encontré pequeños restos de ladrillo, un trocito de baldosa marrón y una pequeña ruina de tabique pegado a la piedra, en el lado cercano a la mar, que parecía señalar que allí estuvo la celda de castigo. Es fácil de imaginar cómo la lluvia se filtraba por la roca

que hacía de pared, a la vez que del suelo emergía el agua al subir la marea inundando el habitáculo.

Un sólido panel metálico, bien conservado y cuidado, relaciona a las personas que jamás salieron, mujeres y niños, con sus nombres, lugares de procedencia y edad, la mayoría enterrados en Motrico. Más cerca de la playa hay otro pequeño monumento, adornado con flores y peluches, como homenaje a los más pequeños por sus sonrisas robadas.

En otro momento de la novela me acerqué bien pertrechado a Saturrarán, fui en autocaravana para poder dormir en aquel entorno vacío. Era casi invierno, en los días más cortos, fríos y lluviosos. Quise vivir y respirar junto a las madres y sus hijos, escucharlos y sentirlos.

Tuve un aluvión de sentimientos. Anduve por todo lo largo de la playa siguiendo los pasos de las reclusas, me acerqué al rompeolas evitando que alguna me alcanzara, como a ellas, paseé por el patio de su recreo, cené frente a su comedor imaginándolas con sus hijos en el brazo izquierdo, y dormí junto a ellas.

Por la noche vi al Izarra, cerca de la playa, con Krispín sentado en su proa y Locuras, justo detrás de él, mirando hacia nosotros. Escuché el estruendo del destructor Canarias abordando al pesquero Gure Ama. Descubrí la playita donde falleció ahogada la monja soldado una noche de verano. Oí los gritos desgarradores de las madres cuyos hijos acababan de ser secuestrados. Y al amanecer escuché el ruido ensordecedor del fusilamiento de Antxon...

El viento se había llevado las nubes negras.

Ezkerrak⁴⁴.

44 Gracias.